

Educar la generosidad Lic. Tere Lozano Ramírez

El valor de la generosidad

Entendemos la generosidad como el actuar en favor de otras personas desinteresadamente y con alegría.

La generosidad es uno de los valores que se fomentan en la vida familiar. Nuestros hijos están rodeados de ideales falsos, de aspiraciones superficiales. La cultura actual señala que los valores están en el dinero, en el bienestar, en la comodidad, en las cosas, en la marca de la ropa, en el modelo del automóvil, etc. Esta serie de mensajes, aunada al interés de los padres por lograr una serie de objetivos en cuanto a sus hijos se refiere, como sería el que tengan buenas notas, hablen otro idioma, obtengan un título que les de la mejor rentabilidad, etc., puede llevarlos a perder el verdadero sentido de la vida. Y no se trata en este caso de reprobar el hecho de aprender, de recibir un sueldo decoroso, tener un buen auto o cualquier otra de las cosas mencionadas anteriormente, sino de incluir dentro de nuestro proyecto de vida el servicio como camino para encontrar el valor verdadero de la vida.

Educación contrastada

Por esto es importante que los padres eduquemos *en contraste* para el sacrificio, para la negación de uno mismo, para el doblegamiento del egoísmo, para que el niño se entere de la existencia de otros, de la humanidad doliente, de manera que en su horizonte y en sus proyectos haya algo más que él mismo.

Se ha de enseñar a vivir bien desde la más tierna infancia: compasión, ayuda, servicio, preocupación por los demás, etc. En una palabra, que aprenda a salir de sí mismo, venciendo la pereza que achica los espacios y reduce el mundo de tantos niños. Por un lado el niño quiere ayudar, servir, aspira en lo más profundo a sentirse útil, a colaborar; y a la vez que se siente atado a la pereza que le impide mover un dedo en favor de otra persona. Motivar, estimular, incentivar lo primero, es propio de la educación de la generosidad en la que los padres debemos poner una mayor dedicación.

Educación desde lo cotidiano

Es en las pequeñas cosas, en las tareas cotidianas, es donde existe una gran oportunidad para enseñar a los hijos a servir; aunque lo que hagan parezca insignificante, poco a poco esto lo irán haciendo con mayor perfección y eficacia.

El bienestar acaba en el tedio y el cansancio, creando una corteza dura en el corazón. Cuando el corazón humano no es más que una bodega de cosas apetecibles que han sido satisfechas, el primer dolor o el primer fracaso arrasan con todo. Quien construye su vida en torno a las cosas, no soporta la vida sin ellas.

14 consejos para ayudar a nuestros hijos a vivir la generosidad

(Extraído del libro de Diego Ibáñez Langlois "Sentido común y educación en la familia")

1. Enseñarles, desde pequeños, que ninguno de los bienes materiales que poseen les pertenece plenamente; no tienen derecho a romper los juguetes que les han regalado.
2. Hacer patente a los hijos que los padres tampoco tenemos como propios estos bienes.
3. Acostumbrarles a cederse mutuamente juegos, útiles de trabajo, libros, etc.
4. Los padres tienen que ser generosos en el tiempo que dedican a sus hijos para ayudarles en el estudio, para descansar con ellos, etc.: es un ejemplo muy importante de entrega a los demás.
5. Los chicos, desde pequeños deben ser generosos con su tiempo. A veces tendrán que dejar un trabajo o el mismo estudio, un encargo, para atender otro más importante.
6. Además de los pequeños servicios que se les solicita para ayudar a la convivencia familiar, es muy adecuado asignar algún cometido fijo, asequible a su edad, que suscite su sentido de responsabilidad y suponga un pequeño vencimiento (detalles de orden material, cuidado de alguna zona de la casa, atención a algún hermano menor, etc.). En todo caso, conviene tener flexibilidad en los encargos. Es más importante fomentar la unidad y el mutuo servicio que el estricto cumplimiento de un encargo concreto.
7. Enseñarles a mirar la cruz cuando les cueste entregar algo. Al fin y al cabo todo lo que tienen lo han recibido de Dios. La entrega de Cristo en la cruz es nuestro ejemplo.
8. Desde pequeños hay que sembrar en sus corazones y en su memoria las razones últimas que mueven a un cristiano a comportarse de un modo concreto y determinado.
9. Tener prudencia en las expresiones y conversaciones en las que se ensalza o se añora la consecución de los bienes materiales o los triunfos estrictamente humanos. Especialmente cuando se empieza a abordar el tema de las carreras profesionales.
10. Tener mucha constancia en fomentar la generosidad, aunque parezca que no se avanza nada. En realidad se está encauzando una tendencia natural.
11. Cuidar de que una parte de su dinero la entreguen como limosna. Que ahorren para hacer regalos a sus padres y hermanos.
12. Fomentar las acciones de gracias desde pequeños. El agradecimiento nos lleva a corresponder y a ser generosos con quien primeramente nos ha hecho el bien.
13. Ejercitar obras de misericordia corporales, acompañados de los hijos, de modo que el contacto con los que sufren, con los desheredados, sea, además, el mejor antídoto contra el aburguesamiento.
14. Conviene que los hijos sepan -del modo más conveniente en cada caso- que en su familia se ayuda económicamente a labores sociales, formativas o benéficas.

Enseñanza y testimonio

Debemos por lo tanto recordar que el valor de la familia se basa fundamentalmente en la presencia física, mental y espiritual de las personas en el hogar, con disponibilidad al

diálogo y a la convivencia, haciendo un esfuerzo por cultivar los valores en la persona misma, y así estar en condiciones de transmitirlos y enseñarlos.

Es desde el hogar donde iremos inculcando a nuestros hijos el sentido de la generosidad con el objeto de que esta se convierta en virtud. Es un reto para los padres de hoy, ya que la forma de vida actual no favorece en nada, pero también es cierto que desde el crecimiento de uno mismo como personas dedicadas a desarrollar las propias virtudes, podremos orientar y ayudar a los hijos a que desarrollen las suyas.

Galletitas

A una estación de trenes llega una tarde, una señora muy elegante. En la ventanilla le informan que el tren está retrasado y que tardará aproximadamente una hora en llegar a la estación.

Un poco fastidiada, la señora va al puesto de diarios y compra una revista, luego pasa al kiosco y compra un paquete de galletitas y una lata de gaseosa.

Preparada para la forzada espera, se sienta en uno de los largos bancos del andén. Mientras hojea la revista, un joven se sienta a su lado y comienza a leer un diario. Imprevistamente la señora ve, por el rabillo del ojo, cómo el muchacho, sin decir una palabra, estira la mano, agarra el paquete de galletitas, lo abre y después de sacar una, comienza a comérsela despreocupadamente.

La mujer está indignada. No está dispuesta a ser grosera, pero tampoco a hacer de cuenta que nada ha pasado; así que, con gesto ampuloso, toma el paquete y saca una galletita que exhibe frente al joven y se la come mirándolo fijamente.

Por toda respuesta, el joven sonríe... y toma otra galletita.

La señora gime un poco, toma una nueva galletita y, con ostensibles señales de fastidio, se la come sosteniendo otra vez la mirada en el muchacho.

El diálogo de miradas y sonrisas continúa entre galleta y galleta. La señora cada vez más irritada, el muchacho cada vez más divertido.

Finalmente, la señora se da cuenta de que en el paquete queda sólo la última galletita. "No podrá ser tan caradura", piensa, y se queda como congelada mirando alternativamente al joven y a las galletitas.

Con calma, el muchacho alarga la mano, toma la última galletita y, con mucha suavidad, la corta exactamente por la mitad. Con su sonrisa más amorosa le ofrece media a la señora.

- ¡Gracias! - dice la mujer tomando con rudeza la media galletita.

- De nada - contesta el joven sonriendo angelical mientras come su mitad.

El tren llega.

Furiosa, la señora se levanta con sus cosas y sube al tren. Al arrancar, desde el vagón ve al muchacho todavía sentado en el banco del andén y piensa: " Insolente".

Siente la boca reseca de ira. Abre la cartera para sacar la lata de gaseosa y se sorprende al encontrar, cerrado, su paquete de galletitas... ¡Intacto!

Jorge Bucay